



## II

**L**A tormenta, durante la noche, ha empapado el parque. Pero la lluvia se evapora y el sol aparece tan brillante sobre el follaje, que cansa la vista. Clara de Ellébeuse se pasea por la *Alameda de las avellanas*. Hay cáscaras, en el suelo, vaciadas por las ardillas. Es una de esas mañanas de frescura y limpieza, anunciadoras de la canícula.

Clara espera que el jardinero haya concluido de aparejar el burrito. Ya está. Coje una vara verde y desde un banco de piedra salta sobre el animal y le dirige hacia la verja. Toma el sendero de los bosques de

Noarrieu. Las gotas heladas de los nísperos llueven sobre ella. El asno trota. La sacude mucho, y ella, de tiempo en tiempo, sujeta el ancho sombrero de paja que se le cae. Ya está en el lindero musgoso, vigilado por los cólquicos. En los setos brillan las telarañas. Se oye el cloquear de los arroyos, saciados aún por la tormenta nocturna. Chillan urracas, grita un grajo.

Pero, en medio de los bosques, hay un silencio por nada turbado, el zumbido apenas de los altos helechos al rozarse con los costados del burrito; es un recogimiento de frescura que ha de durar hasta la noche, aún en las horas tórridas en que los maizales crepitan. Al pié de un castaño, en un claro de luz y de esmeralda, hay gencianas. Sus campanas sombríamente azules tientan á Clara de Ellébeuse que detiene su cabalgadura, se baja, y las coge para enlazarlas con las margaritas y los narcisos de su sombrero de campo, con adornos de cintas blancas de ribete pajizo.

Se sienta junto al árbol y, al trenzar las flores, piensa con tristeza en

el fin de las vacaciones, en la apertura de curso, én el patio grande de los recreos de Octubre, cuando las hojas duras de los plátanos se agitan al viento agrio y frío.

Nunca se resignó bien al internado. Y es más horrible aún los días en que su madre va á visitarla en el locutorio. Prefería, tan amargo es su pesar á la hora de separarse, que la señora de Ellébeuse no le diera esas alegrías demasiado cortas, envenenadas siempre por la espera de la marcha. Cuando suena la campana y hay que despedirse, pasada una media hora, sólo con el corazón henchido de angustia se lleva á su pupitre junto á la Virgencita de metal, levantada sobre un altar de libros, los pasteles que le envía la señora de Étanges. Nunca puede comérselos la tarde misma y aún al día siguiente le dejan en la boca un sabor de lágrimas, un olor huraño definido por ella interiormente: *el perfume de la separación*.

—Qué tonta soy—se dice—al pensar por anticipado en todo eso...

Y contempla un escarabajo que acaba de pararse á sus pies.

Ya es tiempo de que vuelva, sobre todo si ha de volver por el camino real. Se levanta y volviendo á montar en el asno, emprende otra vez el camino á través del bosque.

El trotar del asno ritma sus pensamientos que, todos en este instante, se concentran en la memoria del tío Joaquín y de su novia. Clara de Ellébeuse piensa en la misteriosa Laura. Toc, tec, tec—toc, tec, toc—tec, tec, toc—hacen los cascotes del burrito... ¡Oh! cómo me gustaría ver las colonias de Laura... Y recita para sí esta estrofa de una poesía de Anais Ségalas, publicada en el *Almacén de las Señoritas*:

Para evitar que un maringuino pique  
tu rostro, van los negros á estirar  
mosquiteros de gasa; tras la nube  
blanca y fina, la diosa brillará.

Ama deslumbradora, por la casa  
una negra legión sigue tu andar;  
tu trono es una hamaca, oh perezosa  
reina; ciñes corona de madrás.

... Pero encuentra estos versos menos bonitos que los compuestos por Roger Fauchereuse, un muchacho amigo de su familia.

Clara de Ellébeuse vuelve á encontrarse á la verja del parque en el momento en que su madre y el señor de Astin se pasean por la alameda principal. La mamá de Clara es encantadora. Parece una acuarela sacada de las *Flores animadas*. Un sombrero de suiza, de paja gruesa con costura, adornado de margaritas, es marco de sus lisos bandós castaños, de sus ojos brillantes y sus mejillas frescas. Lleva un peinador de muselina blanca estampado de guisantes rosados, y se cobija bajo una sombrilla verde. Clara de Ellébeuse echa pie á tierra, presenta la frente, primero á su madre, después á su viejo amigo.

—¿Has ido muy lejos, hija mía?—pregunta el señor de Astin.

—He dado la vuelta al bosque de Noarrieu y he vuelto por el camino real.

—Es un gran paseo. ¡Ay! Lástima que no pueda acompañarte, querida. Tengo todavía pasión por los paseos matinales y por los bosques, pero no puedo abandonarme á ella. Si te acompañara á caballo, tendría que arreglármelas con una sola espue-

la... y una sola pierna. Vaya un caballero, querida niña, para defenderte...

Clara sonríe y se aleja, en tanto que la señora de Ellébeuse llama la atención del señor de Astín hacia la hermosura de los girasoles de flores pesadas que asoman por encima del seto de la huerta.

—Buenos días, abuelita. ¿Qué está leyendo, abuelita?

—Leo, hija mía, una historia muy interesante...

Y, para explicarla, abuelita se quita los anteojos.

—Leo, hija mía, la historia interesantísima de un navegante casi desconocido. Este hombre, en verdad notable, ha dado la vuelta al mundo en un barquichuelo. Estuvo en el país de los hindús, en un pueblecillo en donde los monos son omnipotentes. Nadie se ha podido hacer dueño de esos animales, porque muelen cierta especie y la soplan á los ojos de sus enemigos, valiéndose de una caña...

—¡Oh! abuelita, qué bonita es tu historia... Qué bonita es, abuelita... Abuelita... El cajón de abajo de la

cómoda se ha quedado abierto... ¿Se te ha olvidado cerrarlo?...

—No, hija mía. Tu padre, que está en su cuarto, ha venido á coger de aquí, hace un momento, papeles que estaban bajo llave... Tiene que devolvérselos al señor de Astín.

—¿Qué papeles, abuelita?

—Creo que son cartas de la Guadalupe... Pero eso te tiene sin cuidado, hija mía. Es hora de que vayas á disponerte para el almuerzo.

Clara de Ellébeuse sale del cuarto de la señora de Etanges y sube la escalera con el ceño fruncido:

... ¿Para qué va á quedarse el señor de Astín con los papeles de la Guadalupe? Los papeles de la Guadalupe, son las cartas del tío Joaquín... Esos papeles deben seguir siendo de la familia... ¿Para qué va á llevárselos el señor de Astín?... Yo no quiero que el señor de Astín se los lleve... ¿Se llevará también el lindo retrato de Laura?

Una gran tristeza, una rabia sorda, hinchan el corazón de la niña. No ha leído nunca esas cartas. No las ha visto más que por fuera, á veces, cuando abuelita abría el ca-

jón de abajo. Pero tiene cariño á esos papeles porque el retrato de tío-abuelo Joaquín está en la alcoba y porque tío Joaquín era el novio de Laura... Pero no puede evitar que papaito devuelva esos papeles al señor de Astín... Se vuelve loca al pensarlo... Nunca se atrevería...

Se viste maquinalmente. El pensamiento de que las cartas de tío Joaquín van á salir, para siempre quizá, de la casa, la trastorna tanto como un escrúpulo religioso. Estaba, hace veinte minutos, contentísima de su paseo. Ahora, se le ha envenenado la alegría. La idea fija la araña. Sin embargo, se vuelve á peinar, se pone su lindo vestido de muselina y antes de salir de su alcoba contempla largamente el retrato del tío y le envía un beso.

La puerta de la habitación de papaito está abierta. Entra y le ve sentado á la mesa ante varios legajos de cartas. Algunos de estos legajos ya están sellados; otros están sólo atados; otros están sueltos. La niña se da cuenta en seguida del trabajo en que se ocupa su padre. Disimula su emoción y dice:

—Buenos días, papaito, ¿cómo has pasado la noche?

—Bien, hija mía. Me encuentras dedicado á un arreglo de papeles de negocios en que me ocupo desde esta mañana. Por fortuna pronto habré terminado. No me queda más que poner algunos sellos de lacre... pero lo dejaré para esta tarde. Dan el primer toque para el almuerzo.

Clara desciende. Mamá, abuelita y el señor de Astín están ya en el salón. El señor de Ellébeuse llega en seguida. El señor de Astín le dice:

—Querido amigo, he debido daros un quehacer de todos los diablos, para arreglar esas cartas; os ruego que me perdonéis.

—De ninguna manera, querido de Astín... Vuestra reclamación es enteramente justa, y me reconvengo por no haber pensado antes en devolver esas cartas del pobre Joaquín. Las volveréis á leer con emoción... Me las confiasteis en vísperas de un viaje ya antiguo, y yo debiera haber pensado ya en devolvéros las.

Durante la comida, Clara guarda silencio y disimula el estado de su

alma. Finge comer, por miedo á una observación que la haría estallar. Cuando no la observan, desliza á Robinsón, que está junto á ella, el contenido de su plato. Sólo de un modo vago escucha lo que dicen en derredor.

Sirven el café en la terraza, á la sombra del tulipán. Clara de Ellébeuse baja la escalinata, en donde se ha posado el pavo real. Medita profundamente:

... Esas cartas son del tío Joaquín; luego, deberían ser nuestras... Sin embargo, es imposible que las conservemos porque papaito quiere entregárselas al señor de Astín... ¿Cuándo se marchará el señor de Astín?

Da la vuelta, despacio, á la quinta, con los brazos desnudos cruzados detrás de la cintura. Bajo el sombrero grande, de paja Clarisa Harlowe, su cabeza, un poco inclinada hacia el suelo, deja pender hacia adelante dos bucles medio en sombra.

... Si pudiera, se dice, conservar sólo dos ó tres cartas del tío Joaquín. ¿Estaría mal hecho, el cogerlas de

los paquetes no sellados?... Sí, indudablemente... Sería un hurto abominable... del que me podría confesar á la apertura de curso... ¿Pero se puede cometer una acción mala y tener la absolución válidamente cuando *por anticipado* se propone uno confesarla *después*?

Pasa á lo largo de una pared vieja en donde se extiende una yedra, rodea la escalinata y vuelve sobre sus pasos, atormentada por la idea fija, trastornada por escrúpulos y por el deseo de coger las cartas.

—Clara—le dice la señora de Ellébeuse—ve á buscar tu céfiro arriba... Daremos esta tarde un paseo en coche... Podrías resfriarte á la vuelta...

La muchacha sube la escalera. Pasa ante el cuarto de su padre. La puerta está abierta y los papeles siguen sobre la mesa. Vacila, entra, se va, vuelve, cierra los ojos y los abre de nuevo. Está sola. Rápidamente se apodera de dos cartas, al azar, cogiendo cada una del centro de dos paquetes arreglados, pero sin atar, y huye á su alcoba. Esconde las cartas en el saquito de sus pa-

ñuelos; después se arrodilla y pide perdón á Dios.

El paseo por los ribazos es delicioso, pero Clara de Ellébeuse no saborea su encanto y la tarde se le hace larga. No se siente un poco más á gusto hasta el regreso, aunque, durante un cuarto de hora en que su padre ha subido á sus habitaciones, experimenta un temor y una angustia inexplicables.

Por fin se le disipa el miedo cuando el señor de Ellébeuse vuelve á presentarse, con unos diez legajos sellados entre las manos, y dice:

—Tomad, querido de Astín, aquí tenéis vuestras cartas por orden.

La comida y la velada transcurren monótonas. Es, como la vispera, una tibia noche del verano expirante, de silencio no turbado, en el salón, más que por el ruido seco y leve de las piezas de boj sobre el tablero de ajedrez.

A las diez, Clara de Ellébeuse, vuelve á su alcoba y va á buscar al saquito las dos cartas que escondió en él. Están escritas en papel rugoso y amarillo, manchado de polvo y de humedad. Una de las direcciones

tiene muchos adornos. Los sobrescritos son idénticos. En caracteres de imprenta, negros y rojos

*Guadalupe, por el Havre*

Y en hermosa letra inglesa:

*Por el navío, la Rosina.*

*Al Señor de Astín,  
en Aiciritz, por Balansun,  
Francia*

*(Pirineos bajos)*

Los pliegues están oprimidos por el lacre y las obleas. Clara de Ellébeuse está conmovida; los oídos le zumban un poco. Se sienta, desdobra las misivas del tío Joaquín, examina las fechas y lee rápidamente.

*L'Artibonite, cerca de la Pointe-à-Pitre  
hoy, 12 de junio de 1805*

La diligencia que habéis puesto, mi querido Hector, en remitirme el plano de la casita de campo en que Laura se ha de instalar, me conmueve infinitamente. Lo que me decis me agrada en todos sus puntos, sobre todo lo de que la quinta no sea húmeda, cosa de gran importancia para una criolla que nunca ha

salido de las Antillas. La descripción que acompaña al plano es seductora. Ese aislamiento no lejano de la aldea en que transcurrió mi juventud, será conveniente á un alma tan lacerada por la vida. Creo, además, recordar esa habitación. ¿No la llamábamos *la posesión cerrada*? ¿No domina un ligero ribazo, no lejos de Noarrieu? ¿No hay, muy cerca, un antiguo pozo junto al que me he apostado con frecuencia cuando cazábamos liebres?

Lo que me decís del jardín me agrada de igual modo. A Laura le gustan las flores. Como adora también los pájaros, me llenaríais de gozo haciendo que los chiquillos de Balansun cogieran algunos para una pajarera. No se los puede comparar á nuestras aves de los Trópicos, pero los pardillos, gorriones y jilgueros tienen canto agradable.

Mi amiga siente profundamelancolía por abandonar la Pointe-à-Pitre. Su angustia se duplica al pensar que su familia no ha de saber si está muerta ó viva. Le he prometido que, para tranquilizar á sus padres, daríais encargo á uno de vuestros

fieles amigos de Londres, de llevar él mismo, al navío que sirve el correo de las Antillas, una carta que ella os dará, destinada á tranquilizar á los suyos.

Haré que Laura salga secretamente para San Pedro de la Martinica, en donde se embarcará el 30 del corriente, á bordo de la *Amable Elisa*. Os ruego que vayáis á esperarla á Pauillac-sur-Gironde, en donde hay escala, acompañado del Dr. Campagnolle. Quedamos en que Laura ha de pasar á los ojos de los curiosos de Balansun y de Noarrieu, por una enferma enviada á nuestro doctor, por un amigo vuestro, para una cura de aire.

Haréis el favor, mi querido Héctor, de mandarme la cuenta de todo lo que os debo y de todo lo que pueda deberos.

Os ruego que recojáis unos paquetes que hago cargar para vos á bordo del *Val d'Or*, que llevará esta carta. Lo dirijo todo á la aduana de Burdeos. Va, entre esos paquetes, parte del ajuar de Laura, ropa blanca, según detalle adjunto, vestidos, etc., y una guitarra de gran



valía que ella toca perfectamente.

El ron, dirigido á vuestro nombre, debe ser trasegado gota á gota á un segundo barril. De ese modo perderéis bastante, pero lo que reste lo encontraréis delicioso.

No sé como daros gracias, mi querido Héctor, por vuestra fraternal bondad.

*L'Artibonite, cerca de la Pointe-à-Pitre  
hoy, 7 de diciembre de 1805*

Os doy gracias, mi querido Héctor, por los nuevos detalles que me dáis acerca de la muerte de la pobre Laura. Deseaba saber la verdad, por terrible que fuese. Me tiembla la mano con que os escribo estas líneas. Diez noches hace que lloro amargamente, pidiendo perdón al Todopoderoso por la imprudencia que he cometido y que ha precipitado en el sepulcro á la más amable de las criaturas. ¡Ay! ¿por qué fui sordo á los lamentos de mi querida amiga y no la acompañé á Francia? ¿Por qué le ha faltado la confianza en mí? ¡Desdichado de mí! No me queda sino terminar entre sollozos y arrepentimiento esta vida tan cruel,

que necesito llamar á mí á toda mi religión para no apresurar su fin.

Me decís que nada habíais observado en Laura, sino alguna mayor tristeza durante los últimos días. Pero ¿no estábamos ya acostumbrados á su melancolía? Aquí mismo, bajo esta galería triste desde donde os escribo, en donde paso largas veladas, nunca pude darle un poco de alegría. La pobre criatura fijaba en mi sus ojos dolorosos, que parecían señalados para una muerte prematura. Su placer único, era que los indígenas le llevaran colibríes y flores. El recuerdo de estas cosas hace latir mi corazón con golpes precipitados ó le hace detenerse como si fuera á unirse en la tumba con el de mi amadísima Laura.

Pero ¿en dónde pudo procurarse el frasco de láudano que encontrasteis sobre su mesa de noche? ¿Dispachan sin receta venenos tan peligrosos? Pero ¿qué digo? Si había tomado una decisión, nada podía contrariar la ley de la suerte. Era necesario que el acontecimiento terrible se cumpliera.

Quede entre nosotros tan doloroso

secreto. Es necesario evitar que sobre su querida Memoria, recaiga lo que es un escándalo á los ojos del mundo. Sólo el Dr. Campagnolle y vos, sabéis como se ha desarrollado este triste drama. Conozco su corazón de amigo. Callaría, porque si existen obligaciones para con los hombres, las hay mayores para con Dios que, seguro estoy, se habrá mostrado compasivo para con ella. Si el castigo de una muerte reprobada por el sentimiento cristiano debe recaer sobre el culpable, yo sólo soy el que asume la responsabilidad en este mundo y en el otro.

La pobre niña dudaba de mi amor. Creyó que el triste fruto que llevaba en sí, era, para mí, causa de inquietud y enojo, y que la había desterrado á Francia, más bien con la esperanza egoísta de huir de ese acontecimiento, que con la de evitar el escándalo de su embarazo. ¿Por qué guardé oculto el sentimiento paternal que me llenaba de alegría? ¿Por qué me ha dotado la naturaleza de este temperamento inflexible que esconde bajo un orgullo vituperable, la sensibilidad más dolorosa? ¿Por

qué no he inculcado bien á mi amada querida que el único temor de ver su reputación lastimada en una ciudad en que su familia tiene posición tan considerable, era la causa única de su embarque? Nadie ha sospechado que la muchacha había llegado á Francia. Antonio López, su hermano, ha mandado hacer investigaciones, pero en vano. Un instinto secreto le advertía, sin embargo, que yo era el autor de tal desaparición. Por falta de pruebas y por la posición que aquí ocupó no pudo denunciarme á la justicia. Entonces me buscó querrela, y ya sabéis el triste fin del desafío en el cual, tirando á la ventura, y con la intención de ni siquiera herir á mi adversario, le desfiguré y le dejé ciego.

¿Dudaba Laura de qué yo iba á volver á Francia para casarme con ella, como se lo había prometido? No sé. Pero cada pregunta que me hago, con motivo de su muerte, me llena de angustia, de espanto y de remordimiento. La había enviado junto á vos, porque sabía que sólo ahí encontraría un alma abnegada y fuerte para sostenerla. Quiero, amigo

mío, si no está hecho ya, que sus restos mortales descansen en el cementerio en que yo también he de dormir un día. Es preciso que esa novia eterna more junto al sepulcro de los de Ellébeuse, cuyo nombre hubiera llevado. Si mi hermano Tristán no hubiera muerto, os hubiera rogado que le confiárais este secreto doloroso, porque deseo que mis acciones tengan la sanción de mi familia. Os pido, en el caso de que también yo muriera aquí, que, al tiempo de su mayor edad, mi sobrino Enrique, hoy niño de tres años, tenga noticia de esta inhumación y de las circunstancias que la determinaron.

¡Y ahora, descansad en paz, Manes de mi muy amada Laura! ¡La misericordia omnipotente de Dios sea con vosotros! ¡Sombra querida, no eres sino la víctima de mi corazón terrible y apasionado! ¡Quédeme yo sólo en la tierra con mis dolores y mis remordimientos, ya que ni siquiera dejaste á mi soledad cruel el triste fruto de nuestros abrazos!

Os abrazo, mi querido Héctor, con el rostro inundado de lágrimas.

JOAQUÍN DE ELLÉBEUSE

Al acabar la lectura de esta carta última, la muchacha siente que se le nubla la vista. Un zumbido le llena los oídos, á la vez que un sudor frío la inunda. Quiere levantarse, pero cae desvanecida al pie del sillón. Poco á poco, el zumbido se hace más ligero. Una sensación de bienestar la invade. Vuelve en sí y comprende. Está sola. De sobre su mesa de tocador toma un terrón de azúcar, lo embebe en agua de melisa y se lo traga... Así se había desmayado una vez... cuando era muy pequeña... Recoge las cartas, vuelve á encerrarlas en el saquito, se acuesta y se duerme con un sueño sin ensueños, hasta por la mañana.